

SANTOS SIMÓN Y JUDAS, APÓSTOLES

Día 28 de octubre

P. Juan Croisset, S.J.

De ninguno de los apóstoles nos refiere quizá menos cosas el sagrado Evangelio que del apóstol San Simón. Es verdad que nos dice muy bastante sólo con asegurarnos que Jesucristo le escogió para que fuese uno de sus doce apóstoles; elección y ministerio que por sí solos significan más que todo cuanto nos podían referir los historiadores en una difusa y circunstanciada relación de sus virtudes y proezas, pues basta la misma elección para su elogio. San Mateo siempre llama á Simón *e/ Cananeo*, para distinguirlo de San Pedro, que también se llama Simón, y el distintivo de *Cananeo* le tomó de la ciudad de Cana en la provincia de Galilea, donde San Simón había nacido. San Lucas le apellida Simón el Celador, *Simón Zelotes*, ó por alusión á su ardiente celo, que fue siempre como su especial carácter, ó acaso principalmente porque, como la palabra hebrea *Cana* significa en griego *Zelo*, y San Lucas escribió en esta última lengua, le dio el nombre de *Zelador*, que equivale á *Cananeo*, para fijar el significado equívoco del hebreo *Canani*, que puede significar ó celador, ó fenicio, ó cananeo. Desde que Simón se determinó á dejarlo todo por seguir á Jesucristo, no reconoció á otro maestro, tan adherido á su divino Salvador, qué nunca le perdió de vista. Siempre atento á sus divinas lecciones , y perpetuo testigo de todas sus maravillas, sobresalió muy presto entre todos los discípulos; pero su amor con especialidad á la persona de Jesucristo, y el ardiente celo que manifestaba por la gloria, de su celestial Maestro, le acreditaron muy desde luego por uno de los más fervorosos apóstoles del Salvador.

San Judas, por sobrenombre *Tadeo*, dos voces que significan una misma cosa, siendo la primera hebrea y la segunda siríaca, y queriendo ambas decir lo mismo que *confesión*; San Judas fue hermano de Santiago [Jacobo] el Menor, hijo de Alfeo y de María, tan conocida en el Evangelio por su adhesión á la persona de Jesucristo. Ambos eran llamados hermanos del Señor, según la costumbre de los judíos, porque eran parientes muy cercanos de la santísima Virgen. San Jerónimo llama también á San Judas *Lebbeo*, que quiere decir *hombre sabio y generoso*, con cuyo distintivo le apellida igualmente el griego San Mateo. Es muy verosímil que nuestro Santo no sería de los últimos que fueron llamados al apostolado, y que, teniendo la honra de ser deudo tan cercano de la santísima Virgen, lograría igualmente la dicha de ser uno de los primeros discípulos del Salvador. Por lo menos parece cierto que fue uno de los que tuvieron más parte en la amistad de su divino Maestro, y de los que con más cariñosa confianza se atrevían á preguntarle las dudas que se le ofrecían. Después de la institución de la Sagrada Eucaristía, habiendo hecho el Hijo de Dios á los apóstoles aquel admirable sermón que se refiere en el capítulo 14 de San Juan, como San Judas no hubiese comprendido bien lo que el Salvador quiso decir en aquellas palabras: *El mundo no me verá, pero vosotros me veréis, porque Yo estaré vivo, y vosotros lo estaréis también*: Señor, le preguntó San Judas [Tadeo], ¿por qué os habéis de dar á conocer á nosotros, y no al mundo? Por ventura vuestro reino ¿no se ha de extender á toda la Tierra? ¿No han de lograr todas las naciones la dicha de conoceros? Pues qué, Israel y Judá ¿serán excluidos de vuestro reino? El fruto de vuestra venida al mundo, la grande obra de la Redención ¿se ha de limitar á un corto número de discípulos y de siervos vuestros? Respondióle Jesucristo con aquella dulzura y con aquella condescendencia que le era tan familiar; y, tomando ocasión de la pregunta que le había hecho, dio la razón

por qué no se haría conocer del mundo, como prometía dejarse conocer de sus Apóstoles, y era porque el mundo no le amaba; siendo prueba de que no le amaba el que no guardaba sus mandamientos.

Siendo San Judas inseparable de Jesucristo por el tierno amor que le profesaba, se halló presente á todos los grandes misterios de nuestra redención, y tuvo la fortuna de ver muchas veces á Jesucristo después de resucitado; oyendo de la misma boca del divino Maestro todas las verdades y todos los secretos misterios de la religión. Después de su gloriosa ascensión á los Cielos y de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, participó también San Judas el consuelo de padecer por el nombre de su celestial Maestro muchos malos tratamientos en la persecución que los judíos excitaron contra la recién nacida Iglesia.

Habiendo resuelto los Apóstoles salir de la Judea para anunciar el Evangelio á toda la Tierra, San Simón se dirigió á Egipto, donde sembró el divino grano que con el tiempo había de convertir aquella dichosa provincia en un terreno prodigiosamente fecundo de innumerables Santos, siendo ordinaria habitación de tantos millares de anacoretas. Pero no bastando á la dilatación de su celo los inmensos espacios de aquel extendidísimo país, corrió las vastas provincias del África, cultivándolas con tanto fruto, que en breve tiempo fueron una de las más floridas y más abundantes regiones de la Cristiandad. Dícese que también penetró hasta la Gran Bretaña; tan insaciable era su celo de conquistas y de trabajos por amor de Jesucristo; pudiendo parecer que no le bastaba todo el universo, y que él solo, por decirlo así, quisiera convertir toda la Tierra. Según la opinión más antigua, se dilató asimismo hasta la Persia, donde después de inexplicables trabajos, de indecibles frutos y de innumerables conquistas, habiendo llevado la luz de la fe

á las tres partes del mundo, tuvo la dicha de coronar su apostolado con la gloria del martirio, como lo diremos después.

San Judas [Tadeo], según el Martirologio Romano, fue á predicar el Evangelio á la Mesopotamia, donde hizo innumerables conversiones; y San Paulino afirma que también llevó á la Libia la luz de la religión. Hallándose en una de estas dos provincias, no contento con trabajar tan felizmente en la conversión de los gentiles, quiso extender también su celo á todos los fieles, dirigiéndoles aquella admirable epístola que es la última de las católicas, por no enderezarse á alguna iglesia particular, sino en general á todas. Entra protestando que ya había tiempo tenía ánimo de escribir á los judíos convertidos y dispersos por todo el Oriente, pero que al fin se veía ahora como precisado á ponerlo en ejecución por la necesidad de oponerse á ciertos falsos doctores que corrompían la santa doctrina y llenaban la Iglesia de turbación. Tiénese por cierto que hablaba principalmente de los simonianos, de los nicolaítas y de los demás herejes conocidos en la historia con el nombre general de gnósticos, cuyos extravagantes errores y cuyas estragadas costumbres describen San Epifanio, San Ireneo y otros Padres antiguos. En el mismo principio de su epístola hace de ellos San Judas [Tadeo] una pintura que de ninguna manera los lisonjea; pero como el verdadero celo es sin hiel y sin amargura, no teniendo otro fin que el de la conversión y salvación de los mayores enemigos de Jesucristo, exhorta el Santo Apóstol á los fieles para que con sus oraciones y con sus buenos ejemplos trabajen con humildad en la conversión de aquellos miserables, retirándolos del fuego eterno, donde los iba precipitando su locura. Alaba Orígenes esta epístola diciendo que en las pocas líneas que contiene comprendió San Judas [Tadeo] unos discursos llenos de fuerza y de gracia celestial; y San Epifanio dice

está persuadido á que el Espíritu Santo inspiró á San Judas [Tadeo] el pensamiento de escribir contra los gnósticos la epístola que tenemos de él. Aunque no hay cosa más cierta en orden al lugar ni al género de martirio que padecieron estos dos grandes Apóstoles, diremos lo que se lee en algunas actas muy antiguas, y parece estar autorizado por el Martirologio Romano, á lo menos en cuanto al lugar de su martirio.

Después de haber corrido los dos Santos Apóstoles Simón y Judas grandes y vastísimos espacios de tierra por el discurso de casi treinta años, alimentando en todas partes el rebaño de Jesucristo con crecido número de fieles, se sintieron inspirados del Cielo á ir á predicar la fe en el reino de Persia. Al entrar en él se encontraron con un ejército mandado por el general Baradach, que iba contra los indios, á quienes el rey de Persia había declarado la guerra. Luego que los Santos entraron en el campo, todos los demonios que hablaban antes por el órgano de los adivinos y de los magos enmudecieron de repente, sin dar ya respuesta alguna. Este repentino silencio admiró, y aun atemorizó á todo el ejército; y habiéndose consultado sobre él á un famoso ídolo, que distaba algunas leguas del campo, respondió que la presencia de los extranjeros Simón y Judas, apóstoles de Jesucristo, había cerrado la boca á los dioses del imperio; añadiendo que era tan formidable su poder, que ninguno de éstos sé atrevía á parecer en su presencia. Con esta noticia, todos los sacerdotes y adivinos del ejército concurrieron en tumulto á la tienda del general, pidiendo la muerte de aquellos dos extranjeros, y amenazándole con una general rebelión si no se la concedía. Baradach, hombre cuerdo y detenido, no quiso precipitar el negocio; mandó llamar á los dos Santos, hízolos varias preguntas, y quedó tan satisfecho y tan pagado de sus respuestas, que los miró con estimación y con respeto, citándolos para una conversación particular

y reservada. En ella le explicaron la santidad y la verdad de nuestra religión; le hicieron evidencia de las imposturas y embustes de todos aquellos encantadores, no menos que de la flaqueza y ningún poder de todos sus ídolos; y, para acabarle de convencer, añadieron que daban licencia á aquellos embusteros para que hablasen y pronosticasen el suceso de aquella guerra. Respondieron todos, después de haber consultado con el demonio, que la guerra sería larga, peligrosa y sangrienta. Tomando entonces los Apóstoles la palabra, y volviéndose al general, le dijeron: *Ahora conoceréis, Señor, la falsedad y la impostura de vuestros oráculos. Es tan falso el pronóstico de estos vuestros adivinos, como que mañana á esta misma hora en que os estamos hablando llegarán al campo los embajadores de los indios y os pedirán la paz con las condiciones que los quisierais imponer, sin la menor resistencia.* Todo el ejército estuvo aquel día en impaciente expectación, hasta ver el efecto de la profecía. Llegaron los embajadores á la misma hora señalada, y se concluyó la paz como se quiso. A vista de tan maravilloso suceso, no sólo se convirtieron el general, los oficiales y la mayor parte del ejército, sino que informado el Rey, que estaba en Babilonia, quiso ver á los Santos Apóstoles, y se convirtió con toda su real familia. A este primer milagro se siguieron otros que contribuyeron á la conversión de casi todo el reino, mediante las excursiones apostólicas que nuestros dos Santos hicieron por sus principales pueblos y ciudades. Solamente permanecieron obstinados los magos y los sacerdotes de los ídolos, los cuales, con el despecho de verse olvidados, y desatinados determinaron acabar con los dos santos apóstoles. Sublevaron contra ellos al pueblo en una ciudad distante de la corte, y al mismo tiempo que los apóstoles se disponían para anunciarlos el Evangelio se arrojó sobre ellos el populacho y, arrastrando á uno ante una estatua del Sol y al otro ante un ídolo de la Luna, los

mandaron ofrecer incienso á aquellas imaginarias deidades. Mostraron los Santos Apóstoles el horror que les causaba aquella execrable impiedad, y al punto fueron sentenciados á muerte. San Simón [Cananeo], según la tradición antigua, fue aserrado por el medio, y á San Judas [Tadeo] le cortaron la cabeza. En virtud de la misma tradición se pinta á San Simón [Cananeo] con una sierra y á San Judas [Tadeo] con una hacha en la mano, como símbolos del género de martirio que padecieron. **Tardó poco Dios en vengar su gloriosa muerte**, pues se dice que en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, que dio en tierra con los templos de los falsos dioses, hizo pedazos los ídolos y quedaron sepultados entre las ruinas todos los que tuvieron parte en ella.

Con el tiempo fueron llevadas á Roma las reliquias de los santos mártires, venerándose alguna parte de ellas en Tolosa, y algunos huesos en la iglesia de San Andrés de Colonia y en la de los Cartujos.

La Misa es en honor de los dos Santos apóstoles Simón y Judas, y la oración la que sigue:

i Oh Dios, que nos concediste la gracia de que llegásemos á conocer tu santo nombre, mediante la predicación de tus Apóstoles San Simón y Judas! Concédenos también que adelantemos en la virtud cuando celebremos su gloria, y que celebremos su gloria cuando adelantemos en la virtud. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 4 del apóstol San Pablo á los efesinos.

Hermanos: Á cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo á lo alto, llevó cautiva á la cautividad; dio dádivas á los hombres. ¿Qué quiere decir,

pues, el que subió, sino que descendió también primeramente á las partes más bajas de la Tierra? El que bajó es el mismo que subió sobre todos los Cielos para dar cumplimiento á todo; y Él constituyó, á unos apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros pastores y doctores para la perfección de los Santos, para la obra del ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que nos reunamos todos por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios en un hombre perfecto, á la medida de la edad perfecta de Cristo.

REFLEXIONES

A cada uno se le dio la gracia según la medida de la liberalidad de Cristo. No á todos se concede la misma ó igual medida de gracias; distribuyelas el Señor según la infinita sabiduría de su divina providencia; pero á todos se da la gracia suficiente, la que á ninguno falta jamás. Nosotros sí que faltamos á la docilidad y á la fidelidad que debemos á la gracia. Las gracias son diferentes, pero el espíritu y la misericordia que las comunica son las mismas, y uno mismo es el fin. El que Dios tiene en comunicárnoslas es presentarnos auxilios y medios para conseguir nuestra salvación. No nos pide Dios que el que sólo recibió un talento gane cinco; lo que pretende es que negociemos con él y que se doble el caudal que se recibió. Igualmente recompensa al siervo fiel que ganó dos, no habiendo recibido más que dos, que al que ganó cinco habiendo recibido cinco. Pero reprueba y condena al siervo haragán y perezoso que, habiendo recibido uno, le enterró, no le benefició y no supo aprovecharse de él. Lección misteriosa, pero de suma importancia para todos los fieles. Ninguno deja de recibir las gracias que le bastan para ser santo; sólo resta que se aproveche de ellas, y el modo de aprovecharlas es corresponderías. Pero sepultamos esta gracia. No hay condenado en el

Infierno que no esté plenamente convencido, que no experimente por toda la desdichada eternidad, que él solo fue el único artífice de su funesta reprobación. ¡ Oh, y qué grandes efectos produciría en un corazón verdaderamente cristiano esta verdad bien considerada!

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Esto es lo que os mando: que os améis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á Mí antes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero, porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por tanto él os aborrece. Acordaos de la sentencia que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si á Mí me persiguieron, también os perseguirán á vosotros. Si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por causa de mi nombre. Porque no conocen á Aquel que me envió. Si no hubiera venido, y no les hubiese hablado, no tendrían culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á Mí, aborrece también á mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras tales [milagros sobrenaturales], que ningún otro las hizo, no tendrían culpa; pero las han visto, y con todo eso me aborrecieron á Mí y á mi Padre. Pero debe cumplirse aquella sentencia que está escrita en su ley: Me tuvieron odio sin motivo.

MEDITACIÓN

Del odio que el mundo tiene á los buenos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es cosa bien extraña que los buenos sean tan mal recibidos del mundo, siendo así que ellos son la parte más sana de él. Consiste en que la virtud es una censura, incómoda, una

muda pero punzante acusación de la malignidad que reina en el mundo. Un hombre virtuoso, una persona verdaderamente cristiana, no se puede dejar ver sin que su misma vida reprenda á los libertinos los más secretos desórdenes de una conciencia ulcerada. Quisieran los viciosos que todos fuesen tan corrompidos como ellos. Desearían los malos que fuese imposible la práctica, de la virtud. La vida arreglada de los otros es su proceso y es su condenación. Por eso se mira siempre en el mundo con malos ojos á la virtud cristiana; por eso se siente cierta secreta pero maligna complacencia siempre que se descubre el más mínimo defecto en los hombres virtuosos. Tiempo vendrá en que se restituirá á la virtud aquel honor que ahora se la procura denigrar con tan infames calumnias; pero en la hora de la muerte, pero en el día del Juicio, pero en el Infierno, ¿será tiempo oportuno, te servirá mucho el conocer, el confesar que te alucinaste, que te aturdiste, que te engañaste?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el odio que los mundanos tienen á los buenos es consecuencia forzosa del odio que el mundo profesó al mismo Jesucristo. La aversión que el mundo tiene á los buenos es continuación de la que todavía profesa al Salvador del mundo. En virtud de ella se mueven los mundanos á condenar sus leyes y su Evangelio. Oprímeles mucho aquella religión que condena el desorden de sus costumbres. No pueden tolerar tanta multitud de preceptos. Alborótalos la doctrina de Jesucristo; no puede ser de su gusto una doctrina que tiene tan á raya á los sentidos, al amor propio, y pone freno á las pasiones. Desagradándoles tanto el Amo, por precisión han de desagradarle sus siervos. Siendo la doctrina del Hijo de Dios tan enfadosa á su perverso corazón, de necesidad le han de ser insoportables todos aquellos que la siguen. Son los mundanos enemigos declarados del Salvador; conque no pueden ser amigos de los que sirven á tan buen Amo.

Avergüénzome, Señor, de haber tenido miedo por tanto tiempo á un fantasma; conozco todo el rubor de tan indecente cobardía. No, Dios mío, no temeré ya el maligno odio de vuestros enemigos; sean también enemigos míos los que lo son vuestros. De esto me gloria yo, y resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no hacer ya el menor aprecio de su persecución.

JACULATORIAS

Cuanto más me aborrezca el mundo, más y más quiero amarte á Ti, Dios mío, que eres toda mi fortaleza.—*Ps. 17.*

¿Quién será capaz de apartarme nunca del amor de mi Salvador Jesucristo?—*Ad Rom., 8.*

PROPÓSITOS

1. Que una virtud fingida alborote los ánimos y excite la indignación de todo el mundo, no hay cosa más justa. Los hipócritas son objeto de la abominación de Dios y del horror de todos los buenos. Pero que se levanten los ánimos contra la verdadera virtud, y que la virtud cristiana sufra una especie de persecución en medio del Cristianismo, son unos hechos que sólo por la experiencia se pudieran hacer creíbles, y parecen tan opuestos á la religión como a la razón. No te admiren, pues, ni mucho menos te acobarden los modales duros, groseros, desdeñosos con que los mundanos tratan á las personas que hacen profesión de virtud; ni mucho menos extrañes la poca justicia que á ésta se la hace. Antes bien debes hacer el ánimo á que tu conducta no será muy aprobada de este género de gentes, desde el mismo punto que te retires de sus concurrencias y comiences á reformar tus costumbres; pero guárdate bien de rendirte jamás á sus falsos juicios.

2. Es un acto de virtud, de suma utilidad, cumplir todas las obligaciones del cristiano públicamente, y con un modo ejemplar. Asiste los domingos al sacrificio de la Santa Misa y á los divinos Oficios en tu parroquia, con modestia y con ejemplar devoción. Frecuenta los sacramentos en público, y nunca te avergüences de parecer cristiano.